

# ¿Pura casualidad?

En enero de 1960, Castro arremetió contra la comunidad extranjera que hacía vida en Cuba, sobre todo contra los representantes del capital foráneo en la isla. Ya, por supuesto, había atacado a los “gringos” y ahora iba en contra de los españoles, la segunda fuerza económica—no cubana—en la patria de Martí. Castro se propuso romper con todo y con todos... y lo logró. Logró también fomentar las necesarias condiciones para que la vida en Cuba fuese imposible, alentando así el inmenso éxodo cubano que comenzó a sentirse, masivamente, a finales de 1961.

¿Estará Hugo Chávez siguiendo los pasos de Castro? Tal vez sea por pura casualidad que, en su momento, Castro también le buscó camorra a España, obteniendo una respuesta—“diplomática”— bastante parecida al “*por qué no te callas*”, solo que entonces, Francisco Franco, no mordió el anzuelo como posiblemente lo haya mordido Su Majestad, el Rey Juan Carlos I de Borbón, Soberano de España... y en vez de darse por ofendido, se convirtió en un socio mercantil del régimen.

La primera vez que Fidel mostró su oreja de cobarde fue en la noche del 20 de enero de 1960. Don Juan de Lojendio, Marqués de Bellisca, era el embajador en *La Habana* del régimen de Francisco Franco. Todos los días desde el principio del mes y siempre con creciente intensidad, el gobierno de Castro había estado acusando a la embajada española de tener contactos con la creciente “contrarrevolución”, cuyas bombas podían escucharse todas las noches en las calles de *La Habana*. De una manera contumaz y pertinaz, Castro insistía en buscarles la lengua a los españoles, mostrando un evidente interés desmesurado por sacudírselos de Cuba, como hizo luego con todos los demás grupos étnicos que tuvieran cualquier poder económico en la isla, antes de atacar a los propios grupos de la “burguesía” cubana. Entonces, aquella noche, Castro apareció de nuevo en televisión y de nuevo acusó tanto a los *Estados Unidos* como a *España* de estar ayudando a los “gusanos”.

El Embajador Lojendio, un hombre grueso y fornido, de cabello negro, apasionado defensor de la dignidad española, de pronto no pudo controlarse más. Se levantó furioso de su poltrona y gritó: “¡Voy a la televisión... estoy harto de estos insultos, coño...!”

Cuando el embajador español llegó a la estación de televisión, Castro estaba sentado entre sus barbudos y sus silenciosas “milicianas”. Todos aplaudían con entusiasmo los ataques que él hacía en contra de los “gusanos”, es de-

cir: los “contrarrevolucionarios”. En ese momento, el asombrado gerente de la estación tocó a Castro en el hombro y murmuró a su oído que un diplomático, loco de furia, estaba a punto de hacer su



**Don Juan de Lojendio vapulea a Fidel Castro**

aparición para enfrentarse a él.

Virtualmente todo analista independiente que lo vio – y fue visto en la televisión prácticamente por todo el país – estuvo de acuerdo con que fue la primera ocasión en que vieron a Fidel Castro físicamente asustado. Medio se incorporó en su silla, sin saber qué decir esta vez, mientras Lojendio entraba en la habitación como un torbellino. Esa reacción “diplomática” seguramente no se la había imaginado Castro.

“¡He sido insultado! ¡He sido insultado!”, gritaba el embajador una y otra vez, dando paso a su más profundo sentido del orgullo y el honor español. “¡Exijo el derecho de contestar!”

En ese punto, el estudio se convirtió en un manicomio. Los guardaes-

paldas saltaron al escenario, el entonces presidente Dorticós se quedó petrificado; Castro se llevó la mano a la funda de su pistola. Su reacción no debía haber sorprendido a nadie; era una de las pocas veces en su vida en que no había estado a la ofensiva; él no sabía cómo manejar la defensiva... no era su “estilo”. Finalmente, el embajador, con su agudo rostro español lívido de furia, fue físicamente arrojado del estudio y habría sido maltratado si no hubieran intervenido varios de los hombres de Castro.

En cuanto a éste, sus manos temblaron; entonces debió un poco de coñac que siempre tenía en su “taza de café”. Pardo Llada, su inseparable de entonces – quien por aquellos días todavía lo defendía – introdujo en su programa de radio, en forma insultante, el sonido de un rebuzno de asno... que se suponía era la voz del embajador español.

A la mañana siguiente, todo el cuerpo diplomático se presentó de manera conspicua en la casa del embajador para rendirle sus respetos antes de que fuera arrojado del país. Castro tenía a sus “turbas divinas” de entonces en el aeropuerto, para lanzarle gritos y amenazarlo con golpes físicos. Cuando Don Juan llegó sano y salvo a *España*, el Generalísimo Francisco Franco y Vaamonde, Caudillo de España por la Gracia de Dios, le dijo con una sonrisa burlona: “Como español, muy bueno... como diplomático, muy malo.”

Extracto del libro de Robert Alonso “Regresando del Mar de la Felicidad”